

escrito a máquina

# LA LOCURA REPRESIVA



“Es con voz de la Biblia”... dice Rubén Darío al comenzar su verso y su apóstrofe “A Roosevelt”. La Biblia siempre que se abre, alecciona. Y es con su voz que quiero comenzar esta reflexión sobre la historia dolorosa que estamos viviendo... o muriendo los nicaragüenses.

En el libro II de los Macabeos se lee la historia de Jasón, el extranjerista que estableció “leyes perversas, trastornando los derechos legítimos de los ciudadanos” a los cuales reprimió a sangre y fuego. Y la Biblia dice:

“Jasón, como si creyese ganar un triunfo sobre sus enemigos y no sobre sus conciudadanos, hizo una horrible carnicería en la ciudad; no deteniéndolo la consideración de que **ES UN GRAVISIMO MAL SER FELIZ EN LA GUERRA QUE SE HACE A LOS DE SU PROPIA SANGRE**”.

(“Todo el fruto que sacó Jasón de sus actos fue la propia ignominia”, concluye la Biblia).

Somoza y quienes le aconsejan en su política de represión no están, pues, abriendo un camino nuevo que por desconocido los excuse de equivocarse, sino recorriendo un trillado sendero de muerte, muy antiguo en la historia de la humanidad, que nunca ha dado otro resultado que el que señala, con su sabiduría de siglos, el libro sagrado.

La nota más característica de esta locura represiva es su desproporción; su desmesura. La asistencia a una misa es reprimida con bombas lacrimógenas. Si el público indignado, como es natural, protesta, la protesta es subversiva y se dispara a matar. Sonar unas cacerolas se reprime con golpes de cadenas y bombas lacrimógenas. Si el público protesta, es subversión y se dispara a matar. Pero la subversión no se ha producido; ni la asistencia a misa ni el sonar las cacerolas son actos subversivos, es el gobierno y su aparato militar quienes crean la subversión. Esta semana, el 1º de marzo, los periodistas desfilaron pacíficamente para colocar una corona de flores en el sitio donde fue asesinado el

Dr. Pedro Joaquín Chamorro. ¿Qué amenaza significa? ¿Qué peligro contra el orden público entraña ese desfile, correcto y tranquilo, que todo el país presencié en la televisión? —Lo más que merece de atención un acto así a una policía civilizada, es una vigilancia distante e incluso disimulada, porque todo acto policiaco repercute y porque nunca beneficia el desarrollo de la actividad citadina y comercial un despliegue de fuerza. Pero lo que se hizo fue lo contrario: se escenificó, con lujo de fuerza armada una agresión desproporcionada, ultrajante e irritante. La subversión la puso la autoridad, no los periodistas. Y esa escena fue filmada y la vieron miles de nicaragüenses y salió luego del país y la presenciaron millones de personas. La inofensiva manifestación de duelo —por obra de la locura represiva del régimen —alcanzó así un volumen gigante que vino a aumentar en el interior el sentimiento de inseguridad, de temor o de indignación, y en el exterior la repulsa al régimen.

Toynbee, el gran historiador inglés, estudia la historia de una serie de naciones y de sólidos o poderosos gobiernos que precipitaron su colapso final al lanzarse contra sus propios pueblos creyendo consolidarse. En todos los casos que analiza Toynbee la máquina militar usada parece ganar la partida porque quien la usa no advierte las otras fuerzas que la fuerza destruye. Un Tamerlán, por ejemplo; un héroe de la independencia de su país, enloqueció luego de prepotencia y llegó a construir murallas con los cráneos de sus víctimas. Pero esos cráneos eran la economía y el trabajo de sus reinos y en la medida en que los amontonaba para imponerse, socavaba su mismo poder. Toynbee compara esta locura, tan repetida en la historia, al brazo armado que por defenderse hunde su espada en el cuerpo del cual es miembro, o bien, “al leñador que sierra la rama en que está sentado y que así se viene abajo con ella mientras el tronco del árbol mutilado permanece en pie”.

PABLO ANTONIO CUADRA